

Las *Meditaciones del Quijote* de 1914 y México

Juan Antonio Pascual Gay

ORCID: 0000-0001-6342-7165

Resumen

A partir de las *Meditaciones del Quijote* y de *El Espectador*, la obra de Ortega y Gasset comienza a conocerse en México por mediación de Alfonso Reyes, desde 1914 residente en España y, a partir de 1920, ocupando la plaza de Secretario de la Legación Mexicana en Madrid. La recepción de Ortega entre 1914 y 1940 fue sobre todo la del escritor, la literaria. Este texto muestra la primera recepción de la obra de Ortega en México.

Palabras clave

Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, recepción, literatura, cosmopolitismo, Alfonso Reyes

Abstract

From *Meditaciones del Quijote* and *El Espectador*, the work of Ortega y Gasset becoming known in Mexico by means of Alfonso Reyes, resident in Spain since 1914 and, from 1920, occupying the post of secretary of the Mexican legation in Madrid. Ortega receiving between 1914 and 1940 was primarily the writer, literary. This text shows the first reception of the work of Ortega in Mexico.

Keywords

Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, Reception, Literature, Cosmopolitanism, Alfonso Reyes

Notas sobre *Meditaciones del Quijote*

Aquel año de 1914, cuando se publicaron por primera vez las *Meditaciones del Quijote* —ensayos atentos a “temas de alto rumbo; otros sobre temas más modestos, algunos sobre temas humildes— todos, directa o indirectamente, acaban por referirse a las circunstancias españolas”¹, un asunto que acaparaba la atención de la inteligencia española era la pertinencia de la denominación de “generación del 98” que introdujo a sus integrantes en el habitual carrusel de aceptaciones y rechazos. Pío Baroja declaraba que “yo no creo que haya habido, ni que la haya, una generación de 1898. Si la hay, yo no pertenezco a ella”²; con todo, registra en el volumen I de sus memorias, *Des-*

¹ José ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*. Madrid: Alianza / Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón / Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2014, p. 13.

Cómo citar este artículo:

Pascual Gay, J. A. (2017). Las “Meditaciones del Quijote” de 1914 y México. *Revista de Estudios Orteguianos*, (34), 117-144.
<https://doi.org/10.63487/reo.298>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
 Estudios Orteguianos
 N° 34. 2017
 mayo-octubre

de la última vuelta del camino, un capítulo dedicado a “Nuestra generación” en que se enmienda:

Fue una generación excesivamente libresca. No supo, ni pudo, vivir con cierta amplitud, porque era difícil en el ambiente mezquino en que se encontraba. En general, sus individuos pertenecían, en su casi totalidad, a la pequeña burguesía, con pocos medios de fortuna. (...)

La época puso a la juventud literaria en esta alternativa dura: o la cuquería y la vida maleante, o el intelectualismo, con la miseria consecutiva³.

Miguel de Unamuno no dudaba de labios hacia afuera de su pertenencia a dicho grupo: “Procedo de la generación del 98, el año del Desastre”⁴. Pero fue Azorín quien mejor expresó aquellos lazos tan impalpables como invisibles que cruzaban transversalmente la sensibilidad de los supuestos miembros. En realidad, José Martínez Ruiz compendió esa afinidad intelectual en un asunto tan concreto como particular: la idea de España traducida en un acercamiento sentimental a su lengua, a sus artes, a sus tradiciones, a su historia. Una sensibilidad compartida pero condicionada por un individualismo que a la postre cohesiona a las personalidades noventayochistas. Así lo registra en la “Advertencia importante” a la segunda edición de sus *Obras completas* de 1959, refiriéndose a sus primeras escrituras:

No; no volvería a escribirlos. Hay en ellos demasiada juventud alocada por las lecturas en mezcolanza y por los ateneos en ignición permanente, por las prédicas subversivas y hasta por la natural extravagancia de que tanto alardean los años mozos. Fueron publicados en una época de liquidaciones y de confusiones, en la que cada español dudaba de todo y se irritaba con su duda; época sin asideros y sin proyectos⁵.

² Pío BAROJA, *Ayer y hoy*. Madrid: Caro Raggio, 1938, p. 54. Paradójicamente, Pedro Salinas, integrante emblemático del grupo siguiente, el del 27, anotaba a pie de página en “El problema del modernismo en España, o un conflicto entre dos espíritus”: “Y no necesito decir que para mí la existencia de una generación del 98 es indudable a pesar de que se empeñe Baroja, y Baroja siempre se empeña mucho, en negarla”, Pedro SALINAS, *Literatura española siglo XX*. Madrid: Alianza, 2001, p. 15.

³ Pío BAROJA, *Desde la última vuelta del camino*, vol. I. Prólogo de Fernando PÉREZ OLLO. Barcelona: Tusquets, 2006, p. 521.

⁴ Miguel de UNAMUNO, “Nuestra egolatría de los del 98”, en *Obras Completas*, vol. V. Madrid: Afrodisio Aguado, 1958, apud Javier VARELA, *La novela de España. Los intelectuales y el problema de España*. Madrid: Taurus, 1999, p. 145.

⁵ AZORÍN, “Advertencia importante”, en *Obras completas*. Madrid: Aguilar, 1959, p. XI.

Poco después Azorín añade nuevos ingredientes a la cocina generacional, pero las líneas citadas ofrecen una entrada rebosante de extravíos y de tanteos aplicables a la adolescencia y primera juventud del resto de integrantes. José Ortega y Gasset no pertenece en rigor a la promoción del “Desastre”, sin embargo, más joven que éstos, asume como propios algunos asuntos y cierta sensibilidad afín. Juan Ramón Jiménez, en su conmovedora evocación del filósofo, abocetaba con trazos escuetos pero firmes que:

Yo comprendía perfectamente, por las críticas de Ortega sobre algunos escritores contemporáneos españoles, que él no estaba muy de acuerdo con mi dirección poética verlainiana y baudeleriana de entonces, porque él era tan germanista, tan goethiano (aunque Goethe fuera afrancesado); y lo que a él le gustaba de lo mío era la expresión conseguida, por la que me daba la maestría. Él hubiera preferido que yo cantase a Castilla como Unamuno o como Antonio Machado, o como un conjunto de los dos⁶.

Desde luego, entre los motivos, no fue menor el de Don Quijote. Unamuno firmaba en 1896 “El Caballero de la Triste Figura. Ensayo iconológico” y “Sobre la lectura e interpretación del Quijote”, en 1905. Machado, en misiva de 1912, establecía la distancia entre su formación y el cerebralismo vivaz de Ortega, conminándolo a mezclar campo y ciudad, perfilando la silueta del caballero recortada en sus palabras: “Cuando los intelectuales, los sabios, los doctores se dignen ser algo folkloristas y descendan a estudiar la vida campesina, el llamado problema de nuestra regeneración comenzará a plantearse en términos precisos”⁷. Don Quijote, aventurero anacrónico, por igual recorre caminos y vericuetos de la meseta castellana que pasea por callejuelas y empedrados de Barcelona, concentrando en su tristeza aquella mirada heredada por los noventayochistas. Pero no es sino en el artículo “Las *Meditaciones del Quijote* de José Ortega y Gasset” en que Antonio Machado ofrece una lectura tan lúcida como personalísima; un ejercicio a la par intelectual y emocionado capaz de cartografiar las cimas y simas de un territorio visitado pero apenas indagado de manera metódica y consistente. Hay una cualidad que Machado subraya por encima de otras: “Una preocupación arquitectónica es, a mi entender, la característica de Ortega y Gasset”⁸. Si la estructura de las *Meditaciones* no oculta su deuda con el temperamento germánico, en su apuesta no

⁶ Juan Ramón JIMÉNEZ, “Recuerdo a José Ortega y Gasset”, en *Guerra en España. Prosa y verso (1936-1954)*, edición de Ángel CRESPO. Sevilla: Point de Lunettes, 2009, p. 606.

⁷ Antonio MACHADO, “Carta a José Ortega y Gasset. 9 de julio de 1912”, en *Prosas dispersas (1895-1956)*. Edición de Jordi DOMÉNECH. Madrid: Páginas de espuma, 2001, p. 306.

⁸ Antonio MACHADO, “Las *Meditaciones del Quijote* de José Ortega y Gasset”, en *ibid.*, p. 369.

aparece por ninguna parte la previsible defensa de la erudición como piedra angular sobre la que edificarlo, tal como consigna en el prólogo: “Estas *Meditaciones*, exentas de erudición”⁹. Al contrario, desde estas páginas se impugna el saber intrascendente y avaro, o en palabras también de Antonio Machado: “Sí ha habido en España una tendencia (...) a desdeñar otra forma de cultura que el saber erudito, noticioso y libresco”¹⁰. En realidad, el poeta de *Campos de Castilla* se rinde seducido por el estilo ensayístico de Ortega.

La evidencia podría resultar menor, pero es decisiva a la hora de comprender la temprana recepción de la obra del español en México. En ese momento, José Ortega y Gasset recién había salido a la plaza pública con el propósito de acaparar el centro de esa generación de la que el propio Azorín se desmarca en cuatro artículos sucesivos en 1913¹¹. Javier Varela exhibe las dudas y las ambigüedades de Ortega, aunque no omite que es el único con claridad suficiente para compendiar una nómina de integrantes:

Ya fuera en público o en la correspondencia privada con sus miembros, hace gala de una mezcla de admiración y reproche, de reconocimiento y sentido de superioridad, la superioridad que daba la ciencia y la precisión europeas sobre la literatura y el periodismo algo diletante de sus predecesores¹².

La cuestión generacional y, en particular, la referida al 98 atrajo el pensamiento del filósofo de manera reiterada, dedicándole numerosas páginas como atestigüa el volumen *Ensayo sobre la “Generación del 98” y otros escritores españoles contemporáneos*. Los textos reunidos ofrecen un retrato de primera mano del novecentismo antes que propiamente de la generación del “Desastre”. Por sus páginas desfilan Francisco Giner de los Ríos, Benito Pérez Galdós, el regeneracionista Joaquín Costa, Miguel de Unamuno, Ángel Ganivet, Ramón del Valle-Inclán, Pío Baroja, Azorín, Ramiro de Maeztu, Antonio Machado, Gabriel Miró, Ramón Pérez de Ayala y Ramón Gómez de la Serna. Los artículos recogen ideas y opiniones del autor sobre sus contemporáneos en que la severidad del crítico no escatima la admiración del discípulo.

Conviene precisar el descubrimiento de la meseta castellana por parte del joven filósofo en compañía de Pío Baroja, desde un vagón de ferrocarril, camino de Francia, hacia 1907. Es posible que entonces comenzara a fraguar en su fue-

⁹ José ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*, ed. cit., p. 31.

¹⁰ Antonio MACHADO, *Ibid.*, p. 372.

¹¹ Julián MARÍAS precisa que Ortega y Gasset abandona su vida oculta e inaugura la pública en 1914, el mismo año de las *Meditaciones*. En *Ortega. Circunstancia y vocación*. Madrid: Alianza, 1983, p. 221.

¹² Javier VARELA, ob. cit., p. 147.

ro la “razón geográfica”, un tópico en sus reflexiones, que no acaba de ocultar cierta deuda con el determinismo decimonónico, a pesar de su filiación evolucionista: “A cada tipo humano corresponde un paisaje; a cada paisaje una forma vital determinada”¹³. Varela, con todo, descarta el positivismo de la premisa orteguiana, para proponer una solución que no deja de ser tan ambivalente como la de Ortega mismo: “La relación entre el hombre y el medio físico no es, pues, la del positivismo. (...) Entre hombre y medio existe una rara intimidad, una suerte de armonía preestablecida”¹⁴. Próximo a Maurice Barrès, Ortega no oculta su afinidad electiva con el francés durante sus mocedades: “Yo fui en mi mocedad un delirante lector de Barrès”¹⁵ (1923), quien había propuesto una relación semejante a la del español¹⁶. La meseta venía a concentrar un quijotismo patológico en los autores del 98, pero reparador en la pluma de Ortega según consigna en los preliminares:

Al lado de gloriosos asuntos, se habla muy frecuentemente en estas *Meditaciones* de las cosas más nimias. Se atiende a detalles del paisaje español, del modo de conversar de los labriegos, del giro de las danzas y cantos populares, de los colores y estilos en el traje y en los utensilios, de las peculiaridades del idioma, y, en general, de las manifestaciones menudas donde se revela la intimidad de una raza¹⁷.

Don Quijote no es imaginable fuera de la castilla concreta y de la sucesión de estaciones; no es que el determinismo opere en él de manera automática y previsible, sino que su constitución física y moral reacciona modificándose según las mudanzas temporales y geográficas, como ha demostrado Agustín

¹³ *Ibid.*, p. 181.

¹⁴ *Id.*

¹⁵ JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Obras completas*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2006, V, p. 157. (Las *Obras completas* de Ortega y Gasset se citarán en adelante con tomo en romanos y número de página en arábigos).

¹⁶ El francés es autor de *El Greco o el secreto de Toledo* (1914), en que rehabilita a un personaje y una ciudad que se vuelve referencia obligada para los autores del 98; tanto El Greco como Toledo reúnen aquello que Unamuno calificó como “casticismo”, un poso asentado en la “intrahistoria”, concepto cercano a otros empleados por Barrès inspirados en el vitalismo de Taine. Barrès a diferencia de Ortega más tarde fue un furibundo antidreyfusista y adversario de Zola, de quien dijo “es un hombre, pero no un francés”. Vicente Blasco Ibáñez, quien no disimula sus diferencias con el francés, sin embargo reconocía que era “en Francia una pluma española”. Ortega influido por las doctrinas barresianas mostró siempre su rechazo a su egotismo y cultivo del yo. Ver Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, “Maurice Barrès y España”, [en línea]. Dirección URL: https://web.archive.org/web/20150126234739/http://revista-hc.com/includes/pdf/34_09.pdf. [Consulta: 7 de julio de 2015], pp. 201-224.

¹⁷ JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*, ed. cit., p. 34.

Redondo¹⁸. Pero hay algo más que no es otra cosa que una semejanza indiscutible entre la España de principios del siglo XVII y la de comienzos del XX; una España en crisis.¹⁹ El término “crisis” da cuenta de la postura generacional en oposición a la del filósofo: si para los primeros Alonso Quijano representa la “crisis”, para el pensador más bien opera como crítica de esa “crisis”. Para ello era necesario que Ortega hubiera recibido el legado de sus mayores, pero también que se distanciara una vez asumida la herencia intelectual. Así se expresa el filósofo a la hora de presentar al Quijote, emblema del fin de siglo:

Porque en cierto modo es Don Quijote la parodia triste de un cristo más divino y sereno: es él un cristo gótico, macerado en angustias modernas; un cristo ridículo de nuestro barrio, creado por una imaginación dolorida que perdió su inocencia y su voluntad y anda buscando otras nuevas. Cuando se reúnen unos cuantos españoles sensibilizados por la miseria ideal de su pasado, la sordidez de su presente y la acre hostilidad de su porvenir, desciende entre ellos Don Quijote y el calor fundente de su fisonomía disparatada compagina aquellos corazones dispersos, los ensarta como en un hilo espiritual, los nacionaliza, poniendo tras sus amarguras personales un comunal dolor étnico²⁰.

Quizás por ello, las *Meditaciones* no dejan de evocar en su impulso primario la *Vida de Don Quijote y Sancho*, de Unamuno, publicado en 1905, durante el Centenario de la primera edición, en cuyo prólogo el autor parece suscribir *avant la lettre* aquella cualidad de la novela que, ya en México, Ramón Gaya definiría como “un portalón abierto de par en par”²¹, al decir: “y sostuve que hoy ya es el Quijote de todos y cada uno de sus lectores, y que puede y debe cada cual darle una interpretación, por así decirlo, mística, como a las que a la Biblia suele darse”²²; palabras apostilladas por Machado en los siguientes términos:

Es esto, a mi juicio, lo que se propone Ortega y Gasset. Es evidente que el Quijote vive en nuestras almas y de ellas se alienta. Caben diversas concep-

¹⁸ Ver Agustín REDONDO, “La melancolía y el Quijote de 1905”, en *Otra manera de leer El Quijote*. Madrid: Castalia, 2005, pp. 121-146.

¹⁹ *Ibid.*, p. 123.

²⁰ José ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*, ed. cit., pp. 54-55.

²¹ Ramón Gaya en el capítulo así titulado de *El sentimiento de la pintura* introduce aquella distinción entre erudición y vida, ya enunciada por Machado y Ortega, en relación con el Quijote: “Pocas obras tan generosas como *Don Quijote*. Se diría que hay libros engrosados por la codicia y libros alargados por la generosidad”. En *Obra completa*, edición de Nigel DENNIS e Isabel VERDEJO. Valencia: Pre-textos, 2010, p. 61.

²² Miguel de UNAMUNO, *Vida de don Quijote y Sancho según Miguel de Cervantes Saavedra explicada y comentada por Miguel de Unamuno*, en *Obras completas*, edición de Ricardo SENABRE. Madrid: Biblioteca Castro / Fundación José Antonio de Castro, 2009, vol. X, p. 3.

ciones del Quijote, según los espíritus que lo reflejen. El Quijote de un Heine, de un Turgueneff o de un Miguel de Unamuno son Quijotes muy bellos, y no son el mismo; son, sin duda, más verdaderos que los Quijotes de sus comentaristas eruditos; pero no olvidemos la fuente originaria, el Quijote cervantino, el quijotismo de Cervantes. Éste es el que trata de investigar Ortega en estas sus *Meditaciones del Quijote*²³.

La “razón geográfica” obra como elemento necesario para que Ortega construya su disidencia intelectual, pero igualmente la centralidad de su propuesta, expuesta en el mismo prólogo a las *Meditaciones* en que inquiera una distinción perentoria en torno al “quijotismo”:

En las *Meditaciones del Quijote* intento hacer un estudio del quijotismo. Pero hay en esta palabra un equívoco. Mi quijotismo no tiene nada que ver con la mercancía bajo tal nombre ostentada en el mercado. *Don Quijote* puede significar dos cosas muy distintas: *Don Quijote* es un libro y Don Quijote es un personaje de ese libro. Generalmente, lo que en bueno o en mal sentido se entiende por “quijotismo”, es el quijotismo del personaje. Estos ensayos, en cambio, investigan el quijotismo del libro²⁴.

El interés de Ortega por el lenguaje del *Quijote* muestra igualmente su preocupación por el estilo. Pero aquel lenguaje, como su prosa, no puede desligarse de la tierra hasta volverse materia propiamente de la novela, según precisa Machado: “Pero la lengua hablada en España, con su castizo contenido mental, es la materia en que Cervantes ha trabajado, no su obra; como una estatua no es la piedra en la cual se ha esculpido, sino las líneas ideales que en el mármol fue trazando un cincel”²⁵. Imagen precisa y elocuente de la obra de Cervantes, pero también de la atención que recibe de Ortega. La prosa del filósofo, la manera de situarse frente a los asuntos con el fin de alumbrarlos de una manera insólita, explican que en México se apreciara su estilo literario antes que su pensamiento, por lo que su recepción en primer lugar se debió al escritor curioso, interesado en el ensayo, en lugar de formar parte directamente de las bibliotecas de los filósofos. Pensador mejor que filósofo, ensayista en vez de tratadista, tal parece su carta de presentación. Además, el “casticismo” fue un asunto relevante para Unamuno y Machado, pero en algo también para Ortega ya que se relacionaba con la gravedad de la tradición. Miguel de

²³ Antonio MACHADO, “Las *Meditaciones del Quijote* de José Ortega y Gasset”, en ob. cit., p. 378.

²⁴ José ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*, ed. cit., pp. 53-54.

²⁵ Antonio MACHADO, “Las *Meditaciones del Quijote* de José Ortega y Gasset”, en ob. cit., p. 374.

Unamuno, autor de *En torno al casticismo* (1895), expresaba su íntima convicción de que un lenguaje castizo sólo podía vehicular un pensamiento castizo: “El casticismo del lenguaje y del estilo no son, pues, otra cosa que revelación de un pensamiento castizo”²⁶. Vocablos respecto de los que el propio Ortega también tiene que añadir, en esta ocasión con el pretexto de Azorín:

La misma distinción establecida entre poeta de lo costumbrero y escritor de costumbres tenemos que hacer entre escritor casticista y poeta de lo castizo. Me interesa esta distinción porque, llamando a *Azorín* poeta de lo castizo, quisiera conferirle un alto honor, y escritor casticista significa en mi léxico una forma del deshonor literario, quiero decir, una de las muchas maneras, de las infinitas maneras entre que un poeta puede elegir para no serlo²⁷.

No es extraño por lo tanto que el espacio en que se gestaron estas *Meditaciones* fuera El Escorial, lugar de recuerdos asociados con su adolescencia y juventud. Con demasiada insistencia se ha subrayado el propósito estrictamente académico, rigurosamente filosófico, de estos ensayos. Poco se ha dicho de su aliento literario, de un pensamiento al servicio del idioma y no al revés, exhibiendo una modernidad que se remonta a la abadía de Port-Royal y sus disquisiciones sobre la gramática de la lengua luego retomadas por Noam Chomsky, ante todo en su libro *Lingüística cartesiana* (1966). Jordi Gracia comenta la gestación de las *Meditaciones*:

En resumen, el libro verdaderamente central y primero de Ortega se escribe en 1912, pero es un libro fantasma y ejemplarmente titulado: *Pío Baroja. Anatomía de un alma dispersa*, como invenciblemente dispersa es el alma de Ortega. Así, y paradójicamente, *Meditaciones del Quijote* es el efecto colateral del abandono del libro sobre Baroja, y quizá incluso nace de advertir que buena parte de lo que había escrito a propósito de Baroja iba a valer también, y a una altura más condigna, para Cervantes y el *Quijote*²⁸.

A la vez, el español imparte la conferencia de marzo de 1914, *Vieja y nueva política*²⁹, frente a un auditorio congregateado en el recinto del Teatro de la Co-

²⁶ Miguel de UNAMUNO, *En torno al casticismo*, en *Ensayos*, prólogo de Bernardo G. DE CANDAMO. Madrid: Aguilar, 1951, vol. I, p. 24.

²⁷ José ORTEGA Y GASSET, “El casticismo y lo castizo”, en “*Azorín* o primores de lo vulgar”, II, 318.

²⁸ Jordi GRACIA, *José Ortega y Gasset*. Madrid: Taurus, 2014, p. 114.

²⁹ Javier ZAMORA BONILLA afirma que “en *Vieja y nueva política*, Ortega hizo una demoledora crítica del sistema político de la Restauración, al que consideraba la «vieja política», de la que formaba parte no sólo el Gobierno y el Parlamento sino también «los periódicos», «las Acade-

media, en que introduce ya la aparente inadecuación entre palabra y pensamiento:

Porque antes de que las palabras vuelquen su sentido sobre los que escuchan, llegan a la audición como sonos timbrados por una voz de un individuo, y pudiera ocurrir que el haber juzgado previamente inmodesto y excesivo que ese individuo levante su voz dañe a la comprensión seria de los pensamientos que van a conducir las palabras sobre sus alas sonoras³⁰.

Este desdoblamiento –hacia dentro, ensimismado en su trabajo propiamente intelectual; hacia afuera, asumiendo ese prestigio como bandera para presentarse en público– es recurrente en la primera etapa del autor de *España invertebrada*. No hay que olvidar el caso Dreyfus y el libelo de Zola *J'acuse*, que concitó un gran revuelo en 1897 al oponer la moral del ciudadano a la razón de Estado; en otras palabras, certeza a conveniencia. Quizás Ortega, entre sus contemporáneos, es quien mejor entendió el dilema dirimido en las páginas de *L'Aurore*, y quien mejor aprovechó sus réditos. Si Zola había utilizado su prestigio como novelista para oponerse públicamente a la aprehensión del capitán Dreyfus por razones antisemitas; Ortega encontró ese término medio entre el hombre privado y el personaje público, alternando uno y otro desde muy temprano. Tampoco hay que olvidar que gran parte de los firmantes del manifiesto zoliano fueron jóvenes; un movimiento de adhesión semejante al concitado entre la juventud por el pensamiento de Ortega. Algo, además, que Ortega admiraba en Ferdinand Lasalle y que inevitablemente remite al caso Dreyfus más que a Dreyfus. De Lasalle, escribe Ortega, es a la vez “ostentoso y amigo de la vida delicada”³¹ y perteneciente a esa estirpe de judíos “revolucionarios natos”³², ya que: “Por las venas judaicas ya sólo fluye espíritu: filosofía, revolucionarismo, lirismo y partida doble”³³. Particularmente le indigna la persecución antisemita: “Hemos matado judíos, y su sangre, conforme se iba enrareciendo, se hacía más exquisita, se espiritualizaba, se convertía en pura energía psíquica”³⁴; una sentencia moral en atención a la experiencia cuyo correlato se aloja en unas palabras de la conferencia mencionada: “Nueva política es nueva declaración y voluntad de pensamientos, que, más o menos claros, se

mias», «las Universidades» y «unos partidos fantasmas que defienden los fantasmas de unas ideas», en “Ahora hace un siglo”, en José ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*, ed. cit., p. 12.

³⁰ José ORTEGA Y GASSET, *Vieja y nueva política*, I, 709.

³¹ “En torno a un héroe moderno.– Lassalle”, I, 509.

³² *Idem*.

³³ “Shylock”, II, 106.

³⁴ *Idem*.

encuentran ya viviendo en las conciencias de nuestros ciudadanos”³⁵. Hay que detenerse en el prólogo de *Meditaciones del Quijote* para advertir el propósito final, el verdadero objeto de su propuesta que a primera vista parece rebasar con mucho al lector medio. Y, con todo, ese lector parece que es su destinatario, no sin avisar antes que se trata de un ejercicio a la par de otros, pero todos ellos presididos por el afecto: “Estos ensayos son para el autor –como la cátedra, el periódico o la política–, modos diversos de ejercitar una misma actividad, de dar salida a un mismo afecto”³⁶. El afecto que pocas líneas después es ya amor reconocido. El atributo de este amor es su naturaleza “imprescindible”; aquello de lo que para ser y para estar en el mundo no se puede prescindir. Pedro Salinas utiliza un término más poético y, quizás, más ajustado a la idea de Ortega y Gasset: querencia; lo imprescindible es “una querencia íntima”; se refería a la literatura, y más precisamente a la poesía, puntualizando: “No hay hechura del hombre que no provenga de su vida. Por eso no existe arte que no sea humano”³⁷. Pero es Machado quien pone el punto sobre las íes sobre este amor orteguiano que no es sino el profesado hacia el conocimiento: “La actividad de amar que Ortega y Gasset nos recomienda es un afán de comprensión. Que el amor, en suma, nos induzca a comprender, y esta comprensión amorosa nos revelará la íntima arquitectura del universo. Este erotismo gnóstico-constructivo es la filosofía de Ortega y Gasset”³⁸. Un erotismo del conocimiento es la propuesta cabal que no olvida el contorno agápico.

José Ortega y Gasset y Alfonso Reyes

En México, fuera de comentarios esporádicos sobre la obra del pensador, no hubo propiamente una recepción rastreable y significativa de su impronta en el primer tercio del siglo XX. No hay duda de que *Meditaciones del Quijote* está en deuda con la idea de España o, por lo menos, de aquella España del fin de siglo sumida en una crisis moral. Este conflicto que afectó a todas las áreas y ámbitos de la sociedad, escudriñó modelos y paradigmas, emblemas y símbolos pertenecientes a la propia tradición nacional para proponer diferentes soluciones. Desde este punto de vista, el ensayo de Ortega no puede leerse sino en clave castiza y, además, delimitada en ese periodo crítico. No obstante, la recurrencia al Caballero de la Mancha como representación de la disyuntiva y solución de la misma, aparentemente lo ciñe a unos años y un lugar que

³⁵ *Vieja y nueva política*, I, 710.

³⁶ *Meditaciones del Quijote*, ed. cit., p. 13.

³⁷ Pedro SALINAS, *La poesía de Rubén Darío*. Barcelona: Seix-Barral, 1975, p. 9.

³⁸ Antonio MACHADO, “Las *Meditaciones del Quijote* de José Ortega y Gasset”, en ob. cit., p. 370.

limitaría el número de destinatarios capaz de descifrarlo; pero justamente el universalismo del Quijote opera como una lanzadera que despliega su interés y fomenta su curiosidad en un ámbito supranacional. Hay que sumar al personaje, el estilo escritural, vivaz y juguetón, de *Meditaciones*; una prosa cercana y afectiva, como si el autor cuchicheara al oído del lector a la manera de una confidencia que presupone una improbable amistad entre los dos; una intimidad compartida que está en el origen del modo en que la obra de Ortega fue recibida en México. No es una impertinencia asentar que fue el temperamento literario en lugar del filosófico el que mereció la primera atención; entre otras cosas porque en 1914 el país estaba en medio de la lucha armada revolucionaria, la inteligencia nacional se había dispersado y la filosofía entonces era poco menos que una disciplina novel, apenas presente en la Preparatoria Nacional de San Ildefonso, en manos de Antonio Caso.

En 1905, Jesús Urueta, con motivo de la inauguración del nuevo curso, establece en su discurso dos directrices privilegiadas en la Preparatoria en que no hay alusión alguna a la filosofía pero sí a la literatura: “Una educación científica y literaria, fundamentalmente completa; que en virtud de ella, el país adquiriera para su defensa en la lucha por la vida, legiones de hombres útiles, pacíficos, honrados, fuertes y cultos, pues estamos seguros, como el Dr. Barreda, de la eficacia de esa educación para conciliar la libertad con la concordia y el progreso con el orden”³⁹. Tampoco la promoción posterior, la de los Siete Sabios, entregada a la acción a la que urgía el momento, se hizo cargo del pensamiento y de una tarea intelectual. Hay que esperar a los Contemporáneos y, más precisamente, al grupo integrado por Xavier Villaurrutia y Salvador Novo, poco afines con la filosofía pero muy interesados en los procesos literarios y críticos, para que la obra del español se vuelva objeto de curiosidad. Pero en la curiosidad está también la falta, puesto que prefieren la prosa antes que las propuestas propiamente filosóficas, atendidas después, sobre todo con la llegada de José Gaos y otros miembros del contingente de exiliados españoles como la propia María Zambrano o, desde otro lugar, Ramón Gaya. Desde finales de los veinte, el nombre de Ortega salpica aquí y allá reseñas, artículos, reflexiones, ensayos que, en algunos casos, se vuelven sobre la obra de Ortega. En realidad, se encuentran menos referencias de las esperadas en un primer momento, pero todas ellas con importancia suficiente como para colegir que, en efecto, su magisterio no pasó desapercibido y se aplicó a diferentes cuestiones mexicanas. Independientemente de la relación o relevancia de unas y otras, una propuesta cronológica permite advertir los intereses de la inteligencia

³⁹ En Clementina DÍAZ Y DE OVANDO, *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días (1867-1910)*. México: UNAM, 1972, vol. I, p. 247.

mexicana hacia la obra de Ortega a cada momento. Este criterio además muestra como la lectura ameritada por Ortega, que no limito a las *Meditaciones*, va adquiriendo progresivamente una complejidad pareja a la propia obra, de manera que puede deducirse que comentaristas y reseñistas, críticos y académicos, en ocasiones dan por supuesta la familiaridad del lector con la obra de Ortega y Gasset que permite colegir que si bien la atención expresa que recibió resulta aparentemente reducida, el número de sus lectores debió de ser amplio con un conocimiento acucioso de sus libros. La pauta elegida, además, subraya los intereses que movieron a los intelectuales mexicanos a aproximarse a los ensayos del autor de las *Meditaciones*, y muestra un paulatino desplazamiento desde lo formal hacia lo filosófico *stricto sensu*.

Con todo, México encontró en Alfonso Reyes a un lector privilegiado de Ortega quien le dedicó, durante su estancia en Madrid, tres “crisis” agrupadas bajo el común “Apuntes sobre Ortega y Gasset” y recogidas en la cuarta serie de *Simpatías y diferencias*. Se trata de tres breves colaboraciones tituladas “Crisis primera: La salvación del héroe”⁴⁰, fechada en 1916; “Crisis segunda: Nostalgia de Ulises”⁴¹, de 1917; finalmente en 1922 apareció “Crisis tercera: Melancolía de Fausto”⁴². La primera resulta una defensa del Ortega literato antes que del filósofo, situando su escritura dentro del espacio de actividades que Reyes denomina “personal”. Si la figura pública del español no es deslindable de su puesto como Catedrático de Filosofía, como si el rigor únicamente correspondiera a esta disciplina y no a la literatura, su escritura por el contrario comparte una intimidad reactiva al pensamiento pero indisociable del ejercicio literario. La observación no es menor puesto que opera como un lugar común en la recepción posterior que su obra tuvo en México. Reyes consigna ya un conflicto privado en Ortega que no deja de ser una simple reducción al desdoblamiento en dos personalidades: “si como literato Ortega y Gasset ve las cosas humanas bajo especies cálidas y concretas, y las expresa con un ánimo de belleza, como filósofo quisiera ceñir su conducta intelectual dentro de una sola tendencia, coordinarla con su conducta práctica y construir, a través de la palabra, algo como un nuevo ideal de España, cuya última manifestación tendría que ser la obra de reforma política”⁴³. La propuesta de Reyes parece paradójica y contradictoria. El regiomontano se refiere a *Vieja y nueva política* que ciertamente exhibe a un Ortega interesado en la cosa pública, pero *Meditaciones del Quijote* se presenta como una síntesis lograda tanto del

⁴⁰ Alfonso REYES, “Crisis primera: La salvación del héroe”, en *Obras completas*. México: FCE, 1956, vol. IV, pp. 258-261.

⁴¹ Alfonso REYES, “Crisis segunda: Nostalgia de Ulises”, ed. cit., pp. 261-264.

⁴² Alfonso REYES, “Crisis tercera: Melancolía de Fausto”, ed. cit., pp. 264-265.

⁴³ “Crisis primera: La salvación del héroe”, ed. cit., p. 258.

literato como del filósofo. Claro, hay que atender a la naturaleza de los textos: el primero originado en una conferencia dirigida a un público definido en que las virtudes del hombre público exigen igualmente un tratamiento retórico severo, más acorde a lo que se pensaría que es el rigor filosófico; el segundo, plenamente ensayístico, destinado a un lector ideal, en absoluto idealizado, que opera mejor como su verdadera y más durable propuesta, aun cuando las ideas que lo impulsan muden con el paso del tiempo. En *Meditaciones* ya está Ortega sin que propiamente esté todo él; mientras que en *Vieja y nueva política* se muestra ese filósofo con vocación pública que en algún momento fue.

El interés por el opúsculo orteguiano de Reyes habría que atenderlo en clave generacional; es decir, como un punto de coincidencia entre Ortega y los ateneístas que cabe situarlo en un arielismo inconfesable en el caso del español, asumido plenamente por los mexicanos. Dice Reyes que “en *Vieja y nueva política* (1914), convoca a los jóvenes a ensayarse para los compromisos de la vida pública, con intenciones de pureza espartana”⁴⁴; palabras que convocan estas otras de Pedro Henríquez Ureña, fechadas en 1904, para quien José Enrique Rodó desde las páginas de *Ariel* “se dirige a una juventud ideal, la élite de los intelectuales”⁴⁵. En este contexto, era previsible que Reyes incluyera las *Meditaciones del Quijote* dentro de la directriz pública de Ortega al suscribir que “se propone un fin esencialmente político”⁴⁶. Lo curioso es que inmediatamente después contradice esta afirmación al señalar una inadecuación de fondo en los ensayos que configuran las *Meditaciones*, aunque parecería más bien que los comentarios obedecen a una lectura apresurada del volumen e igualmente a una nota precipitada, pues añade: “Sin embargo, este propósito parece como sobrepuesto al libro artificialmente, como adaptado desde afuera para organizar una serie de ensayos sueltos, para convertir en tesis un montón de artículos varios”⁴⁷. En todo caso, lo que es incuestionable es la perplejidad de Reyes ante los textos de Ortega o, quizás haya que decir, frente a la propuesta de *Meditaciones*. Contrasta el desorden y la arbitrariedad de los materiales observados por

⁴⁴ *Idem.*

⁴⁵ Pedro HENRÍQUEZ UREÑA, “Epílogo”, en José Enrique RODÓ, *Ariel*. México: Factoría Ediciones, 2005, p. 106. Rodó afirma en esta obra que “si la aparición y el florecimiento, en la sociedad, de las más elevadas actividades humanas, de las que determinan la alta cultura, requieren como condición indispensable la existencia de una población cuantiosa y densa, es precisamente porque esa importancia cuantitativa de la población, dando lugar a la más compleja división del trabajo, posibilita la formación de fuertes elementos dirigentes que hagan efectivo el dominio de la calidad sobre el número. —La multitud, la masa anónima, no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento de barbarie o de civilización según carezca o no del coeficiente de una alta dirección moral”, p. 45.

⁴⁶ Alfonso REYES, “Crisis primera: La salvación del héroe”, ed. cit., p. 259.

⁴⁷ *Idem.*

Reyes, con “la preocupación arquitectónica” manifestada por Machado. Da la impresión que Reyes adopta literalmente las palabras iniciales del ensayo: “Bajo el título *Meditaciones* anuncia este primer volumen unos ensayos de varia lección que va a publicar un profesor de Filosofía *in partibus infidelium*”⁴⁸; es decir, lecciones impartidas en tierra de infieles para promover su adhesión a la nueva causa del conocimiento. Quizás Reyes esperaba algo más u otra cosa de un profesor de filosofía, pero las *Meditaciones* no llaman a engaño, ni levantan otras expectativas que las reunidas en la voluntad de ofrecer “ensayos de varia lección”. Hay algo de injusto en la severidad crítica de Reyes hacia el libro, sobre todo si se repara en que no es capaz de detectar el temperamento que lo dota de orden y cohesión: el afecto y la vigilancia por las cosas pequeñas o, según el propio Ortega, “unos ensayos de amor intelectual”⁴⁹. Más afinidad demuestra Reyes por *El Espectador* (1916), sin duda porque le concierne en lo personal. Tanto en lo literario como en lo político, este Ortega está ya muy próximo a Reyes o por lo menos éste así lo siente, después de haber abdicado de la actividad política para abrazar el idealismo:

El hombre puro había hecho de la política un ideal puro, y, al palpar la imposibilidad de dignificarla, se aparta, momentáneamente, del tráfico público; vuelve a su encierro con las Musas, y sube otra vez, desde el comercio con los hombres, al comercio de los libros: con lo mejor que hacen los hombres⁵⁰.

No puede dejar de pensarse que estas palabras obedecían a un impulso auto-exculpatorio por parte de Reyes; una justificación de apoliticismo a propósito de la obra de Ortega y, a la vez, una reivindicación de su propia tarea en tanto humanista concentrada en la sentencia final: “comercio de libros: con lo mejor que hacen los hombres”. Más que una simpatía, Reyes reconoce y se reconoce en el autor de *El Espectador*; se trata de una afinidad electiva. No es difícil imaginar el movimiento de adhesión del mexicano al leer las primeras páginas:

De todas las enseñanzas que la vida me ha proporcionado, la más acerba, más inquietante, más irritante para mí ha sido convencerme de que la especie menos frecuente sobra la Tierra es la de los hombres veraces. Yo he buscado en torno, con mirada suplicante de náufrago, los hombres a quienes importase la verdad, la pura verdad, lo que las cosas son por sí mismas, y apenas he hallado alguno. Los he buscado cerca y lejos, entre los artistas y entre los labradores, entre los ingenuos y los “sabios”⁵¹.

⁴⁸ José ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*, ed. cit., p. 13.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 14.

⁵⁰ Alfonso REYES, “Crisis primera: La salvación del héroe”, ed. cit., p. 260.

⁵¹ José ORTEGA Y GASSET, *El Espectador I*, II, 160.

El estremecimiento causado en el ánimo de Reyes no fue pasajero puesto que un año después publica nuevamente otro texto acerca del segundo tomo de *El Espectador*. Las notas de Reyes exhiben un talante más reposado y maduro, atento a cuanto surge de una reflexión sin otras pretensiones que no sea compartir con los lectores. No es tanto el Reyes crítico, en ocasiones riguroso y puntual, sino aquel otro interesado en asuntos cercanos a sus inclinaciones. Escribe, por ejemplo, que “este escritor se busca a sí mismo, sin cesar, con una inquietud de adolescente”⁵², en que parece que es más bien el propio Reyes quien con esa “adolescente” impaciencia indaga en su intimidad a propósito de la segunda entrega de *El Espectador*. No se sabe muy bien si Reyes habla de Ortega o es Reyes quien selecciona los fragmentos que mejor le convienen a él mismo en ese momento. El mexicano emplaza la lectura del volumen desde un ámbito íntimo y privado, no es necesariamente lo más relevante aunque lo sea para ese lector que es Reyes: “Ello es que el viaje de América ha dado rumbo nuevo a esta investigación de sí mismo que embarga la atención de Ortega”⁵³; a pesar incluso de las palabras que presiden la entrega, “obra íntima para lectores de intimidad”⁵⁴. Más que intimidad habría que hablar de confidencialidad entre autor y lector; una familiaridad que alcanza desde luego la intimidad pero no porque sea su propósito, sino porque la confianza las aproxima hasta volverlas indisolubles. Es innegable que Reyes capta desde el principio el vitalismo de Ortega ahora aplicado a América Latina, para sobreponer aparentemente su mirada a la mirada del madrileño:

Creyó descubrir en aquellas sociedades, que comienzan, con efervescencia, una nueva historia, el antídoto contra las dolencias de las sociedades caducas; creyó descubrir nuevas alegrías posibles, una existencia más amplia y digna, una mejor acogida para la obra del pensador; una posible rectificación total de las viejas equivocaciones; la probabilidad de recomenzar una vida más conforme con nuestra idea. En suma: podemos decir, con una sonrisa, que José Ortega y Gasset descubrió América⁵⁵.

La pregunta es obligada: ¿es la América de Ortega o, por el contrario, la que Reyes quiere ver en éste? Hay un poco de las dos, pero menos en el caso de lo insinuado por el regiomontano. Esa América de Reyes, precisamente la del Ateneo traspasada por Rodó, no es necesariamente la de Ortega y, en caso de que sea así, en función de su doctrina. Soslaya Reyes unas palabras de *El*

⁵² Alfonso REYES, “Crisis tercera: Melancolía de Fausto”, ed. cit., p. 261.

⁵³ *Idem.*

⁵⁴ JOSÉ ORTEGA Y GASSET, ob. cit., II, 155.

⁵⁵ Alfonso REYES, “Crisis tercera: Melancolía de Fausto”, ed. cit., p. 261.

Espectador que, no obstante, dotan de consistencia y envergadura su apreciación al situarla en el centro del pensamiento orteguiano:

En el uso ordinario de la vida, cuando decimos querer algo, no pretendemos decir que si quedásemos solos en el mundo ese algo y nosotros estaríamos satisfechos. No: nuestro querer ese algo consiste en que nos parece necesario para otra cosa, la cual queremos a su vez para otra⁵⁶.

La perplejidad que América suscita en Ortega justifica algo la especulación de Reyes, pero no a propósito para resumir la actitud asumida. El amigo, el compañero, el cómplice, desvela sus prevenciones y airea sus renuencias ante esa América que se presenta ante su confidente. De ahí Ulises, personaje bien conocido por los integrantes del Ateneo, como término de comparación. No es una casualidad, ni mera coincidencia, la alusión al héroe clásico. El viajero en la primera década del siglo XX goza de un prestigio semejante al de Ariel o Prometeo; imagen del intelectual moderno, reflejo de sí mismo y de su aventura; a contrapelo del contexto en que fragua un sentido moral en absoluto privativo, al contrario, destinado a compartir sin imponerse. Algo hay de Zola en este nuevo intelectual, pero también de las urgencias de un país necesitado de una autoridad al margen de la política. Ulises reinventado, Reyes se refiere a él como si hablara en primera persona:

Es la vieja historia de Ulises: mal podemos ser dichosos de vuelta a Ítaca –así nos espere la fiel Penélope de la patria– si hemos escuchado en otros mares el canto arrebatador de las sirenas. Y el símil tiene muy larga explicación; porque yo me temo –y no lo quisiera– que las sirenas que han seducido a nuestro Ulises sean, por mucho, verdaderas sirenas y, por lo tanto, engañosas. Es decir: yo me temería que su entusiasmo por América estuviese también llamado a desvanecerse, como se ha desvanecido aquel hermoso sueño de reconstrucción de la patria, que inspiraba en otro tiempo las páginas de las *Meditaciones*⁵⁷.

Aviso y miramiento que algo tienen de confesión, pero también de advertencia fraterna. Quien habla lo hace por propia experiencia, vertida en palabras que denuncian cierto resentimiento o decepción. Más allá o más acá, importa poco, a no ser que resida en la alarma de una intimidad compartida. Reyes olvida, sin embargo, que la expectativa de Ortega se asocia con la juventud, del mismo que había ocurrido con la promoción de la que el mexicano

⁵⁶ José ORTEGA Y GASSET, "Muerte y resurrección", II, 286.

⁵⁷ Alfonso REYES, ob. cit., p. 262.

formó parte. No sólo que se trata de jóvenes países, sino sobre todo de la juventud que albergan: “La impresión que una generación nueva produce, sólo es por completo favorable cuando suscita estas dos cosas: esperanza y confianza. La juventud argentina que conozco me inspira –¿por qué no decirlo?– más esperanza que confianza. Es imposible hacer nada importante en el mundo si no reúne esta pareja de calidades: fuerza y disciplina”⁵⁸. Rasgos del carácter griego nada azarosos si se toma en cuenta la referencia a Ulises. Tampoco es una mera casualidad que Reyes precise que la estancia se limitó a Argentina que, en su opinión, es el menos adecuado para extraer una lección aplicable a toda América: “La Argentina es la morada de las Gracias americanas. De las gracias, como las definen los modernos mitólogos: el espíritu de los deseos realizados”⁵⁹; el escrúpulo reside en su excepcionalidad que nada dice peyorativo de Argentina, pero que no es propósito para asentar una causa general. Reyes sabía muy bien las singularidades de las nuevas naciones y que poco o nada tenía que ver Argentina con México, por lo que es previsible que introduzca en su texto una anécdota que sostuvo con Leopoldo Lugones:

Vosotros, mexicanos –me decía Leopoldo Lugones, en París–, sois casi como los europeos: tenéis tradiciones, tenéis cuentas históricas que liquidar; podéis jouer à l’autochtone con vuestros indios, y os retardáis concertando a vuestras diferencias de razas y de castas. Sois pueblos vueltos de espalda. Nosotros estamos de cara al porvenir: los Estados Unidos, Australia y la Argentina, los pueblos sin historia, somos los de mañana⁶⁰.

La distinción es relevante pero omite un elemento decisivo que quizás está en el origen de la atracción de Ortega hacia Argentina. México, país con historia, representa una nación en que la juventud a finales del XIX había sido asumida como un valor autónomo y propio, pero dentro de una sociedad perfectamente jerarquizada; mientras que Argentina, nación de emigrantes, no podía sino asociar la juventud al inicio de su historia. En cierta medida, lo que aprecia Ortega es una asociación indivisible, algo que no podía predicarse entonces de México. La juventud era Argentina, mientras que en México no alcanzaba a dotarla de todo el sentido. Como también consigna Reyes:

Pues bien: si a nuestro escritor ha podido seducirle la América que ríe y que juega, ¿podría seducirle igualmente la América que llora y combate? Ha admirado el músculo en reposo, la belleza estatuaría de la línea que se recrea

⁵⁸ José ORTEGA Y GASSET, “Carta a un joven argentino que estudia filosofía”, II, 467-468.

⁵⁹ Alfonso REYES, ob. cit., p. 262.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 263.

en su quietud robusta. ¿Admiraría igualmente el músculo que se contrae bajo el agobio de un duelo nacional? ¡Ay, el grito de Eneas se trueca en mis labios: también en América hay lágrimas para las desgracias!⁶¹

Argentina, país sin historia, se vuelca con la juventud que lo concentra. Tal parece que es la observación del filósofo: “Acaso lo esencial de la vida argentina es eso —ser promesa. Tiene el don de poblarnos el espíritu con promesas, reverbera en esperanzas como un campo de mica en reflejos innumerables”⁶². En lo que no parece reparar Reyes es en el significado de la juventud en tanto que aurora que albea a la vez que la nación. Ortega está más interesado en esta concurrencia excepcional que en colegir un temperamento americano compartido. La declaración está servida desde el título, “La Pampa... promesas”, en que la tierra hospeda su inminencia o quizás en que la edad arraiga, algo parecido a lo que dice también el pensador: “La Pampa no puede ser vista sin ser vivida”⁶³. Vida y tierra que no son sino factores necesarios para la historia. Quizás Ortega, a diferencia de lo que sugiere Reyes, advierte en Argentina una promesa llena del mejor futuro, pero donde lo importante no es ni el país, ni la juventud, sino la idealización de ese porvenir al que contribuyen de manera determinante el uno y el otro. El ensayo último, “Crisis tercera: Melancolía de Fausto”, supone un alto en el camino, una estadía reparadora que vuelve los ojos hacia el pasado intelectual de un Ortega en 1922, ya entonces un joven viejo un poco como su par mexicano, en que Reyes se preocupa por erigirlo en el héroe goethiano, empleando el indefinido como si ese pasado ingrátido se hundiera en lo remoto de la historia, en lugar de corresponderse con el pretérito perfecto que mejor se ajusta en ese año a las tareas realizadas por el filósofo. Recorre, como si de una biografía se tratara, aquellos episodios que en lo cultural le parecen más relevantes; un recorrido desbordado para una existencia todavía breve. La paleta biográfica ofrece las tonalidades de la estima debida al amigo, en que los azules del respeto y la devoción se combinan con los ocres del contraste y la divergencia; donde lo relevante es a la vez lo vivido y lo por vivir: “Y así, del camino recorrido por este viajero —en tan pocos años— resulta una gran lección de vivir la vida oportuna, dando a nuestros anhelos lo que por derecho vital les corresponde”⁶⁴. Las colaboraciones de Reyes, a la par que exhiben una paulatina familiaridad con la obra de Ortega y Gasset, muestran un proceso de íntimo reconocimiento en

⁶¹ *Ibid.*

⁶² JOSÉ ORTEGA Y GASSET, “La Pampa... promesas”, II, 731.

⁶³ *Ibid.*, 730.

⁶⁴ ALFONSO REYES, ob. cit., p. 265.

que se advierte cierta reciprocidad. Sin plegarse a las tesis de Ortega, Reyes mantiene su criterio, introduce sus intereses, ofrece sus preocupaciones; el crítico deja lugar al amigo que paradójicamente se transforma en otro crítico distinto; aquel que lee lo que le concierne antes que lo que comprende; quien asume la lectura de un autor como un aprendizaje personal en lugar de un juzgado; quien inaugura con otros ojos lo que el libro le ofrece, toda vez que ellos se iluminan con los lentes de la amistad. No es que Reyes nos hable de la intimidad de Ortega, sino que con este pretexto expone la suya: una reciprocidad, pero que no se da de golpe, sino que va sucediendo. Desde luego, no puede pasarse por alto el deslumbramiento que causó en el mexicano la prosa proteica y vivaz del español, un elemento determinante para entender el carácter de su recepción en México en la tercera década.

Ortega y Gasset en las revistas *Ulises*, *Tierra Nueva*, *Letras de México* y *El Hijo Pródigo*

En suelo mexicano, propiamente es *Ulises. Revista de curiosidad y crítica*, dirigida al alimón por Xavier Villaurrutia y Salvador Novo, la primera que dedica dos artículos al autor de las *Meditaciones*. La primera, incluida en la sección firmada por “El Curioso Impertinente”, publicada en el número 3, en agosto de 1927. La colaboración se titula “Ortega y Gasset, Espectador” y se centra precisamente en esta obra del español y en particular en la última entrega. No es una casualidad que *El Espectador*, quizás la obra más atendida por Reyes fuese igualmente de las primeras en merecer la curiosidad de los Contemporáneos. Una afinidad no ya con Reyes, sino con el ideario ateneísta al que los Contemporáneos se adhirieron al principio. Como ya es habitual desde las *Meditaciones*, el comentarista advierte que “la mitad es un libro de viajes; la otra mitad es un libro de teorías”⁶⁵. No le pasa desapercibido al reseñista la invitación al juego intelectual al que invita Ortega, un ofrecimiento que denomina “puerilizar”; pero nos equivocaríamos si pensáramos que se trata de una visión peyorativa, al contrario, se ajusta con precisión al propósito de la publicación: “Mientras leemos el libro nos viene la idea de que puerilizarse es lo mismo que hacerse artista; cuando lo repasamos con mayor atención nos ha vencido el temor de que puerilizarse es tan sólo trocar la gravedad por la ligereza”. Es decir, una invitación a ese juego al que me referí antes y que da cuenta puntual del espíritu de los directores de *Ulises* y de la revista misma. Villaurrutia o Novo establecen una correspondencia interesada entre gravedad y ligereza, adjudicando la práctica del arte a esta última como se afirma al final de la nota:

⁶⁵ EL CURIOSO IMPERTINENTE, “Ortega y Gasset, Espectador”, *Ulises*, 3 (1927), p. 38.

De manera que hay que dejar el arte para los domingos, para los días festivos. Sólo entonces deberíamos leer las páginas ligeras de Ortega y Gasset, y éstas como las que acabamos de citar nos servirían para hacer el fastidio habitual de los días entre semana. Cuánto mejor, cuánto más virtuoso sería su ligereza, si no fuera tal, o si no fuera tanta, que le permitiera tan frecuentes horas de gravedad⁶⁶.

La siguiente nota se publica en febrero de 1928, en el número 6, y también dentro de la misma sección, "El Curioso Impertinente". Titulada "Al pie de la letra de Ortega y Gasset", la reseña retoma el espíritu travieso y juguetón de la anterior sin desmerecer en absoluto la obra del español, pero previniendo al lector en cuanto a su manera de leerlo: "José Ortega y Gasset espuma, renueva, revive y prolonga los temas sustantivos de los libros y estudios que el azar lleva a sus manos. Espuma y renuevo se mezclan en su último conjunto a cierta dosis de incompreensión, peligrosa para quienes toman a Ortega al pie de la letra". El autor de estas líneas se muestra como un buen conocedor no ya de la obra, sino ante todo del estilo del filósofo, esa capacidad para armar su discurso, presentar su pensamiento entre unas bromas y veras que propiamente obedecen a una voluntad de forma pero indisociable de un pensamiento grave y serio. Se elogia la oportunidad de Ortega a la hora de cambiar de opinión cuando los temas tratados son ligeros, como sucede en este caso en *Ideas de la novela*, pero no olvida situar el ensayo como cauce preferente en el centro de la expresión orteguiana y, además, recuerda las exigencias del género de Montaigne: "Ensayista, Ortega no pertenece a la casta de aquellos que «se lanzan a un etéreo espacio, donde nada cohibe su albedrío», como escribe de quienes el ensayo cultivan"⁶⁷. Si el ensayo es a propósito para desplegar la libertad intelectual del escritor, muestra asimismo la falta de unas directrices formales que afectan por igual a todos los géneros a excepción de la novela, el reseñista introduce el siguiente comentario, ácido y crítico, pero presidido por esa misma ligereza que advertía en el estilo de Ortega:

Cree Ortega que, fuera de la novela, el resto de la producción actual carece de normas y que de esta producción es difícil apartar lo bueno de lo malo. La dificultad —si existe— de apartar lo bueno de lo malo reside, naturalmente, en el lector, en el espectador. Culpa suya, pues, y no de la producción, por desigual que ésta sea⁶⁸.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 39.

⁶⁷ EL CURIOSO IMPERTINENTE, "Al pie de la letra de Ortega y Gasset", *Ulixes*, 6 (1928), p. 39.

⁶⁸ *Ibid.*

Para Novo y Villaurrutia, a pesar de algunas reservas en particular vinculadas con la poesía, la propuesta de Ortega parece convencerles puesto que el lector, más allá de otras consideraciones, es la piedra de toque que exige al escritor tomarse en serio su tarea sin menospreciarlo. Y, a la vez, lanzan una crítica velada que no oculta su reconocimiento y admiración hacia el español: “lo cierto es que a nosotros nos sucede que los libros de Ortega nos parecen tan incitantes como inclasificables”⁶⁹. Ironía e inversión de la tesis de Ortega que, con todo, no deja de ser un juego más del “Curioso Impertinente” para situar la propuesta reflexiva de Ortega al alcance del lector inteligente y avisado.

Es en las páginas de *Tierra Nueva*, en el número 2 de marzo-abril de 1940, donde en esta ocasión Leopoldo Zea reseña dentro de la sección “Páginas de hoy”, el volumen *Ensimismamiento y Alteración*, publicado por Espasa-Calpe, en Buenos Aires, en 1939⁷⁰. El grupo congregado alrededor de *Tierra Nueva* merece una consideración particular puesto que además de que da nombre a la primera revista propiamente sufragada por la Universidad Autónoma Nacional de México, entre sus integrantes se encuentran quienes comienzan a reflexionar en términos filosóficos sobre lo mexicano y el americanismo. No es que estos asuntos no hubieran despertado antes el interés, sino que la perspectiva que inauguran es la estrictamente filosófica. Una novedad que contribuye a explicar otra mirada hacia la obra de Ortega en que el escritor cede por fin ante el pensador. José Luis Martínez pondera la aportación acaso más destacable del grupo:

El grupo que se dio a conocer en la revista bautizada por Alfonso Reyes con el nombre de *Tierra Nueva* (1940-1942) tuvo, por entre sus designios, más conscientes, el de buscar un equilibrio entre la tradición y la modernidad, entre el entusiasmo iconoclasta de la juventud y la aceptación de un rigor en la formación literaria. Su reconocimiento de algunos maestros en las generaciones mayores, su aspiración a realizar una obra con la austeridad que requiere un oficio que se aprende fatigosamente y su preocupación por ir conquistando, sin prisa pero sin descanso, el mundo de la cultura, les confirieron, cuando menos, sólidas bases de las que podían partir bien dirigidos. Pudiera decirse de su actitud que trata de aprovechar las inquietudes más válidas de las generaciones inmediatas evitando sus riesgos y abdicaciones⁷¹.

Para Martínez, el núcleo de este grupo estuvo formado por Alí Chumacero y Jorge González Durán. Además, considera pertenecientes a esta hornada a

⁶⁹ *Idem.*

⁷⁰ *Apud* Octavio PAZ, “Antevíspera: Taller”, en *Obras completas*. México: FCE, 1991, vol. IV, p. 96.

⁷¹ José Luis MARTÍNEZ, *Literatura mexicana siglo XX (1910-1949)*. México: CNCA, 1990, p. 91.

autores como Manuel Calvillo, Bernardo Casanueva Mazo y Alfredo Cardona Peña. Chumacero abunda en el origen del nombre de la revista:

El nombre, se ha publicado muchas veces, es de Alfonso Reyes. Fuimos a ver al autor de La X en la frente José Luis Martínez, Jorge González Durán y yo. Reyes era un hombre muy alegre, muy simpático, y lo fuimos a ver para hablar de la revista, de la posibilidad del nombre, y dijo él que el nombre más acertado que había conocido era el de una revista muy famosa que ya no me acuerdo cómo se llama. Entonces dio un brinco y dijo: *Tierra Nueva* es el mejor nombre para una revista. Y después vi que Knut Hamsun tiene un libro que se llama *Tierra Nueva*⁷².

Guillermo Sheridan describe así tanto a *Tierra Nueva* como a sus colaboradores:

Muchachos que andaban entonces en los veintiuno o veintitrés años de edad, el grupo de amigos que lanza la revista era un ramal de la generación que había hecho *Taller* entre 1938 y 1940 y que apenas era mayor por unos cuatro o seis años. Como entre el grupo de Contemporáneos –en el que cuatro años de diferencias marcaban enormes abismos, tal es el caso de Torres Bodet y Owen, por ejemplo–, las diferencias intergeneracionales entre *Taller* y *Tierra Nueva* fueron palpables desde el principio (...). De la bohemia a la academia, la función del intelectual se modificaba con el país y comenzaba a ser expresión de una clase que privilegia las aulas como terreno adecuado para su acción⁷³.

Leopoldo Zea fue un actor relevante dentro de esta publicación. En lo referente a su reseña sobre la obra de Ortega y Gasset, Zea sitúa el ámbito de su mirada hacia esta obra mediante el enigma que descubre en la propuesta orteguiana: “¿Cuáles son estos conceptos que sin decir nada al hombre, son capaces de alterarle? Ortega se refiere a ellos, son los conceptos de lo social, que no obstante el objeto a que se refieren nada expresan acerca de él”⁷⁴. Zea, a continuación, explica la voracidad del hombre para subsanar las carencias que padece provenientes del mundo que le rodea sin pensar en los demás, como expresión de un individualismo radical que exhibe lo peor de sí mismo.

⁷² Apud Moramay HERRERA KURI y Alberto ARRIAGA, “Alí Chumacero: curador de generaciones literarias. Entrevista con Alí Chumacero”, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, 451 (2008), p. 11.

⁷³ Guillermo SHERIDAN, *Poeta con pañaje. Ensayos sobre la vida de Octavio Paz*. México: Era, pp. 386-387.

⁷⁴ Leopoldo ZEA, “Ensimismamiento y alteración. José Ortega y Gasset. Espasa-Calpe. Argentina, S. A. – Buenos Aires 1919”, *Tierra Nueva*, 2 (1940), p. 119.

Dice el mexicano: “Ortega nos dice como el hombre es distinto del animal, en que el primero, a diferencia del animal que siempre está alterado, es un ser que se ensimisma (...). El hombre para poder existir se encuentra con que no sólo tiene que vivir, sino también que convivir”⁷⁵. Según Zea, el único modo, haciéndolo suyo, que propone Ortega para evitar la violencia entre los hombres es el ensimismamiento, un ámbito de contemplación donde el instinto y el arrebato cesan para dar lugar a un estado meditativo que a la vez que lo separa de los sus semejantes lo reconcilia con ellos. No hay que olvidar esa *captatio benevolentiae* con la que se inician las *Meditaciones* que vinculan su tentativa con el afecto y, poco después, con el amor. En este sentido, quizás haya que retomar la inclinación natural de Ortega por las cosas pequeñas, aparentemente apenas casi significativas, pero que son capaces de permitir al ser humano sobrellevar arrobado el día a día. El interés por lo cotidiano como un modo de reconciliarse día tras día con la vida y la realidad entorno. Las notas de Zea difícilmente se entenderían si antes no hubiera leído las *Meditaciones del Quijote*, unas consideraciones que operaron definitivamente como un caudal sobre el que el español vierte sus sucesivas reflexiones.

Poco antes, en las páginas de *Letras de México*, en el número 29 del 1 de julio de 1938, se publicaron unas líneas del español bajo el título “La Alianza de Intelectuales de Chile y los Problemas de la Propiedad Literaria”; una colaboración de la que se seleccionan los párrafos de una misiva enviada por Ortega a Victoria Ocampo:

Desde hace hartos años la perduración –digámoslo, la consolidación– del hecho bochornoso de las ediciones clandestinas deshonoraba a las dos Américas, del Centro y del Sur. Porque si bien carga la máxima responsabilidad sobre Chile, casi todo el resto de la América Hispana participaba en ella. ¿Cómo ha podido Chile hacerse solidario, activa o pasivamente de esta fechoría? ¿Qué fuerzas y qué grupos han paralizado la protesta indignada que seguramente germinó cien veces en muchas almas chilenas? ¿Cómo están hechos los intelectuales chilenos para hacerse cómplices de faenas semejantes? Hay quien cree que los escritores chilenos asisten al despojo de sus colegas extranjeros con mal disimulada complacencia. ¿Qué quiere decir esto? ¿Resentimiento? ¿Y por qué serán resentidos?⁷⁶

La reconvencción, un libelo en toda regla, no oculta la confrontación alentada por un ánimo reivindicativo que la destinataria no duda en calificar como

⁷⁵ *Idem.*

⁷⁶ *Apud* Victoria OCAMPO, “La Alianza de Intelectuales de Chile y los Problemas de la Propiedad Literaria”, *Letras de México*, 29 (1938), p. 11. Véase también en JOSÉ ORTEGA Y GASSET, “Ictiosauros y editores clandestinos.– Urgencia de una rectificación moral”, V, 433.

“el violento ataque del señor Ortega y Gasset a los editores y escritores chilenos”. La Alianza Chilena contestó en términos igualmente vehementes y sarcásticos llegando a la descalificación personal como se lee en el punto sexto:

Que la admirable valentía que el señor Ortega despliega en su artículo, debió utilizarla en atacar al general Franco, enemigo de su patria y enemigo de la cultura, asesino de su colaborador de la *Revista de Occidente* y escritor ilustre Antonio Espina, inquisidor que hace quemar en las plazas públicas de la España, asolada por la invasión italo-germana, los mejores libros de España y del mundo⁷⁷.

A esta carta contestó Victoria Ocampo, directora de la revista *Sur* que a su vez fue respondida de nuevo por los escritores chilenos. Vale para estas páginas el espíritu cívico de Ortega que, en esta ocasión, defiende la legalidad de las ediciones que siguen el debido proceso pero no aquéllas de las que él mismo había sido objeto. Lo relevante es la autoridad moral ejercida por Ortega y, en este sentido, el valor del intelectual que no olvida la lección de civismo impartida por Zola. La carta remitida por Ortega, poco a propósito para entender su obra propiamente ensayística, resulta elocuente justamente de la figura pública de un intelectual así reconocido por la opinión pública que no olvida ejercer su derecho.

En la misma revista, pero ahora en el número 14 del 1 de febrero de 1944, Adolfo Menéndez Samara reseña la obra firmada por José Sánchez Villaseñor sobre el pensamiento de Ortega y Gasset que ya había publicado un estudio sobre José Vasconcelos. No es gratuita la relación entre Vasconcelos y Ortega, aunque sería objeto de otro trabajo. En todo caso valen dos apuntes: si hay un término de comparación en España para Vasconcelos ése es Ortega, igual que para Alfonso Reyes es Menéndez Pelayo. Dos pensadores que hicieron de la actividad política un camino paralelo a su obra propiamente intelectual, conjugando así las características del intelectual moderno. Zola procedió de otra manera, ejerció su autoridad en tanto que intelectual una vez reconocido ampliamente por su trabajo literario. Pero a principios del siglo XX, tanto en México como en España el tiempo apremiaba y las urgencias de todo tipo de los respectivos países condicionaron la intervención de quienes representaban la llamada inteligencia. A esta demanda no pudieron renunciar ni el uno ni el otro, unas circunstancias que tampoco impidieron que se entregaran a su tarea propiamente filosófica. Menéndez Samara en relación al estudio de Villaseñor subraya la contradicción entre *Personas, obras, cosas*, publicada por Renacimiento, Madrid, 1916, y las *Meditaciones del Quijote*: la primera es “el más imaginar

⁷⁷ “La Alianza de Intelectuales...”, ed. cit., p. cit.

puro neokantiano que se pueda” y “no se compagina con el irracionalismo de la razón vital que se trata de sorprender en las *Meditaciones*”⁷⁸. No olvida establecer las relaciones entre el español y Husserl, Heidegger, Dilthey.

Pero es José E. Iturriaga quien dedicó más páginas a Ortega en *Letras de México*: la primera colaboración titulada “Anticipo de libros. La soberbia de un intelectual (Fragmento de la introducción al libro en preparación: *Antología del pensamiento de Ortega y Gasset*)”, en el número 17 del 15 de mayo de 1940. Dice el autor en esta colaboración: “Ante todo él tipifica de un modo cabal al hombre intelectual. Es él un maníaco de la reflexión. Siente una fruición concupiscente con el ejercicio del pensamiento. Es un morbosos del hurgar en el interno sentido de las cosas”⁷⁹; pero a continuación declara algo que quizás le conviene al Ortega de 1940, pero no al de 1916:

El intelectual, por ser contemplativo, por ser amigo de mirar, es inactivo. El intelectual es un preocupado de las cosas por esa causa. Ortega se siente incapacitado de nacimiento para la política, porque el político se ocupa de ellas; no se preocupa por ellas. Pensar es antes que ocuparse; es pre-ocuparse⁸⁰.

El mismo libro fue reseñado por Leopoldo Zea para *El Hijo Pródigo*, número 2, el 15 de febrero de 1944. Más vigilante que Menéndez Samara, Zea cartografía el talante filosófico de Ortega: “De todos es conocida la diversidad del pensamiento de Ortega: mente polifacética, toca todos los temas sobre los cuales es posible meditar: desde un marco, hasta la existencia de un hombre y la existencia de Dios”⁸¹. Y en la otra entrega, “La germanofilia de Ortega”, en el número 9, del 15 de septiembre de 1941, Iturriaga atribuye la noción “invertida” aplicada a España por Ortega a que la fuerza del yo del español está dispersa, a diferencia de la alemana cuyo individualismo explica la fuerza y el vigor político e intelectual de esa nación⁸².

Un fragmento de la introducción a *Ideas para una concepción biológica del mundo*, de Von Uexküll, se reproduce en el número 41 del 15 de agosto de 1946 de *El Hijo Pródigo*, donde Ortega discurre acerca de la guerra y la cultura. Dice el filósofo:

⁷⁸ Adolfo MENÉNDEZ SAMARA, “El pensamiento de Ortega y Gasset. José Sánchez Villaseñor”, *Letras de México*, 14 (1944), p. 2.

⁷⁹ José E. ITURRIAGA, “Anticipo de libros. La soberbia de un intelectual (Fragmento de la introducción al libro en preparación: *Antología del pensamiento de Ortega y Gasset*)”, *Letras de México*, 17 (1940), p. 8.

⁸⁰ *Idem.*

⁸¹ Leopoldo ZEA, “*Antología del pensamiento de Ortega y Gasset*”, *El Hijo Pródigo*, 2 (1944), p. 85.

⁸² Adolfo MENÉNDEZ SAMARA, “La germanofilia de Ortega”, *Letras de México*, 9 (1941), p. 7.

La verdad es que no se comprende cómo una guerra puede destruir la cultura. Lo más a que puede aspirar el bélico suceso es a suprimir las personas que la crean o transmiten. Pero la cultura misma queda siempre intacta de la espada y el plomo. Ni se sospecha de qué otro modo pueda sucumbir una cultura que no sea por propia detención, dejando de producir nuevos pensamientos y nuevas normas. Mientras la idea de ayer sea corregida por la idea de hoy, no podrá hablarse de fracaso cultural⁸³.

Conclusiones

Este somero repaso, sin ser exhaustivo, elocuente de la recepción de Ortega en las revistas literarias y culturales mexicanas, indica el tardío descubrimiento del español como filósofo, no tanto como escritor cuyo reconocimiento le llegó muy pronto. Por otro lado, conviene precisar que son las cualidades, asuntos, temas, formas, el estilo en definitiva lo que se vuelve una constante para valorar la aportación orteguiana. A pesar de vaivenes, idas y venidas, vueltas y revueltas, las *Meditaciones del Quijote* operan, si no explícitamente, sí como el origen de un Ortega que poco a poco se va descubriendo y afinando entre la intelectualidad mexicana. Parece indudable que el Ortega que despierta en México el primer interés es el de *Meditaciones del Quijote* y *El Espectador*. No es que las *Meditaciones* concentren por sí mismas la curiosidad, sino que operan como el espacio en que Ortega se presenta en sociedad y en donde se encuentra, si no el pensamiento, desde luego la forma. Justamente, el estilo literario orteguiano atrajo el interés de escritores antes que de los filósofos mexicanos y, a partir de las *Meditaciones*, el español se transforma en un autor frecuentado. En ese periodo, entre 1927 y 1940, la recepción atestigüa un deslumbramiento por el escritor que poco a poco cede en favor del pensador, pero el pensamiento de Ortega mejor comienza a ocupar a los intelectuales mexicanos hacia 1940. Antes, es el Ortega ensayista, el escritor, quien concentra la atención. ●

Fecha de recepción: 08/02/2016
Fecha de aceptación: 14/03/2016

⁸³ José ORTEGA Y GASSET, "Europa y la cultura", *El Hijo Pródigo*, 41 (1946), p. 120. Véase también en III, 411.

■ REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AZORÍN (1959): *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- BAROJA, P. (1938): *Ayer y hoy*. Madrid: Caro Raggio.
- (2006): *Desde la última vuelta del camino*, vol. I. Prólogo de Fernando PÉREZ OLLO. Barcelona: Tusquets.
- DÍAZ Y DE OVANDO, C. (1972): *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días (1867-1910)*, vol. I. México: UNAM.
- EL CURIOSO IMPERTINENTE (1927): "Ortega y Gasset, Espectador", *Ulises*, 3, pp. 38-39.
- (1928): "Al pie de la letra de Ortega y Gasset", *Ulises*, 6, pp. 38-39.
- GAYA, R. (2010): *Obra completa*. Edición de Nigel DENNIS e Isabel VERDEJO. Valencia: Pre-textos.
- GONZÁLEZ CUEVAS, P. C. (2015): "Maurice Barrès y España", [en línea]. Dirección URL: https://web.archive.org/web/20150126234739/http://revistahc.com/includes/pdf/34_09.pdf pp. 201-224. [Consulta: 17 de julio de 2015].
- GRACIA, J. (2014): *José Ortega y Gasset*. Madrid: Taurus.
- HERRERA KURI, M. y ARRIAGA A. (2008): "Alí Chumacero: curador de generaciones literarias. Entrevista con Alí Chumacero", *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, 451, p. 11.
- ITURRIAGA, J. E. (1940): "Anticipo de libros. La soberbia de un intelectual (Fragmento de la introducción al libro en preparación: *Antología del pensamiento de Ortega y Gasset*)", *Letras de México*, 17, p. 6.
- JIMÉNEZ, J. R. (2009): *Guerra en España. Prosa y verso (1936-1954)*. Edición de Ángel CRESPO. Sevilla: Point de Lunettes.
- MACHADO, A. (2001): *Prosas dispersas (1893-1936)*. Edición de Jordi DOMÉNECH. Madrid: Páginas de espuma.
- MARIAS, J. (1983): *Ortega. Circunstancia y vocación*. Madrid: Alianza.
- MARTÍNEZ, J. L. (1990): *Literatura mexicana siglo XX (1910-1949)*. México: CNCA.
- MENÉNDEZ SAMARA, A. (1941): "La germanofilia de Ortega", *Letras de México*, 9, p. 7.
- (1944): "Un estudio sobre Ortega y Gasset. José Sánchez Villaseñor, S. J., José Ortega y Gasset. *Pensamiento y trayectoria*", *Letras de México*, 14, pp. 1-2.
- (1944): "Coincidencias y divergencias. José Ortega y Gasset. *Pensamiento y trayectoria*", *Letras de México*, 19, pp. 9-10.
- OCAMPO, V. (1938): "La Alianza de Intelectuales de Chile y los Problemas de la Propiedad Literaria", *Letras de México*, 29, p. 11.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1946): "Europa y la cultura", *El Hijo Pródigo*, 41, p. 120.
- (2004-2010): *Obras completas*, 10 vols. Madrid: Taurus / Fundación José Ortega y Gasset.
- (2014): *Meditaciones del Quijote*. Madrid: Alianza / Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón / Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- PAZ, O. (1991): *Obras completas*, vol. IV. México: FCE.
- REDONDO, A. (2005): *Otra manera de leer El Quijote*. Madrid: Castalia.
- REYES, A. (1956): *Obras completas*, vol. IV. México: FCE.
- RODÓ, J. E. (2005): *Ariel*. México: Factoría Ediciones.
- SALINAS, P. (1975): *La poesía de Rubén Darío*. Barcelona: Seix-Barral.
- (2001): *Literatura española siglo XX*. Madrid: Alianza.
- SHERIDAN, G. (2004): *Poeta con paisaje. Ensayos sobre la vida de Octavio Paz*. México: Era.
- UNAMUNO, M. de (1951): *En torno al casticismo*, en *Ensayos*, vol. I. Prólogo de Bernardo G. de CANDAMO. Madrid: Aguilar.
- (2009): *Vida de don Quijote y Sancho según Miguel de Cervantes Saavedra explicada y comentada por Miguel de Unamuno*, en *Obras completas*, vol. X. Edición de Ricardo SENABRE. Madrid: Biblioteca Castro / Fundación José Antonio de Castro.

- VARELA, J. (1999): *La novela de España. Los intelectuales y el problema de España*. Madrid: Taurus.
- ZEAL, L. (1940): "Ensimismamiento y alteración. José Ortega y Gasset. Espasa-Calpe. Argentina, S. A. – Buenos Aires 1919", *Tierra Nueva*, 2, pp. 118-120.
- (1941): "Ortega y la historia. Ortega y Gasset y la América española, de Samuel Ramos", *Letras de México*, 7, pp. 9-10.
- (1942): "Historia de la filosofía, de Émile Bréhier", *Letras de México*, 20, p. 5.
- (1944): "Antología del pensamiento de Ortega y Gasset", *El Hijo Pródigo*, 2, p. 85.
- (1944): "Pensamiento y trayectoria de Ortega y Gasset", *El Hijo Pródigo*, 11, pp. 85-86.